

«Josefina la cantora», traducción de Xul Solar

Andrea Pagni

La traducción de «Josefina la cantora» por Xul Solar se conserva en el archivo de la Fundación Pan-Klub – Museo Xul Solar, a cuya dirección agradecemos el permiso de reproducirla.

La carpeta que la guarda lleva una descripción manuscrita: «A. XUL SOLAR. Traducción de KAFKA. “Josefina la cantora”. Dactiloscrito original, 16 pág. numeradas, 286 x 226 mm, correcciones en lápiz negro. Ca. 1934». Se trata de un texto relativamente limpio dactilografiado a dos espacios. Las correcciones que presenta son de dos tipos: tachaduras a máquina con xxx y reemplazo de lo tachado a continuación o una línea por encima, también a máquina, y tachaduras y agregados a lápiz con letra de Xul Solar.

A cien años de la escritura y publicación (en original alemán) de este último relato de Kafka, el propósito de esta edición es dar a conocer la traducción hasta ahora inédita de Xul Solar y poner a disposición de quienes se dedican a estudiar la traducción y su historia en el ámbito rioplatense, la versión limpia de la misma como un primer paso hacia una investigación en profundidad. El breve estudio que la precede contextualiza la traducción y revela su vínculo con la versión incluida en la *Antología de la literatura fantástica* (Buenos Aires, 1940).

Para su publicación en este dossier se respetaron las correcciones realizadas por el traductor y se subsanaron errores y peculiaridades dactilográficas de Xul Solar, como la ausencia de espacios después de los signos de puntuación. También se regularizaron ciertos rasgos ortográficos, p. ej. quitando la tilde en nó, sínó (por si no o sino), alfin (por al fin) y en los demostrativos ésto y éso. Se mantuvieron las tildes en los otros demostrativos y también se respetaron las variantes quizás/quizá. Los paréntesis cuadrados remiten a la paginación y subsanan mínimas omisiones ortográficas y sintácticas evidentes.

«Josefina la cantora», por Franz Kafka

Nuestra cantora se llama Josefina. Quien no la ha oído no conoce la potencia del canto. No hay nadie a quien su canto no arrastre, lo que hay que valorar tanto más en cuanto nuestra raza en general no ama la música. La paz más quieta es nuestra más querida música; nuestra vida es difícil, y no podemos, ni siquiera cuando alguna vez tratamos de desprendernos de todos los cuidados del día, elevarnos hasta cosas tan lejanas de nuestra vida cotidiana como lo es la música. Sin embargo, no nos quejamos ya más; no llegamos a tanto, una cierta astucia práctica, que por cierto necesitamos con extrema urgencia, la consideramos nuestra mayor cualidad, y con la sonrisa de esta astucia solemos consolarnos de todo, también hasta cuando a veces —pero que no sucede— añoráramos la dicha que quizás produce la música. Sólo Josefina es excepción: ama la música y sabe también comunicarla; es la única, y cuando ella nos deje desaparecerá la música de nuestra vida —quién sabe hasta cuándo.

He pensado a menudo qué es lo que pasa con esa música realmente. Puesto que somos nulos para ese arte, cómo es que comprendemos el canto de Josefina o, ya que Josefina niega nuestra comprensión, por lo menos creamos comprenderlo. La respuesta más simple sería que la belleza de este canto es tal que hasta los más torpes sentidos no pueden resistirla; pero esa respuesta no satisface. Si así fuera en efecto se debería tener ante este canto la sensación de lo extraordinario, de inmediato y siempre, la sensación de que de esa garganta resuena algo que nunca se oyó antes y que sólo podemos oír así porque Josefina, y sólo ella, nos capacita para oírlo. Pero justamente no sucede así, según mi opinión, no siento éso y no he notado que otros sintieran nada parecido. En círculo íntimo confesamos abiertamente que el canto de Josefina no significa nada extraordinario como canto.

¿Y es en verdad siquiera canto? A pesar de que no sentimos la música en general, tenemos tradiciones de canto: en los antiguos tiempos de nuestro pueblo hubo canto, leyendas lo cuentan y hasta se han conservado canciones que por cierto ya nadie puede más cantar. Tenemos pues cierta noción de lo que [2] es el canto y a esta noción el arte de Josefina no corresponde propiamente. ¿Y es en verdad arte, o siquiera canto? ¿No es quizá sólo chillido? Y por cierto que todos nosotros sabemos chillar; es nuestra expresión vital característica, y no una habilidad artística. Muchos de nosotros chillan sin darse cuenta, sin saber siquiera que chillar es una de nuestra[s] características. Si fuera entonces verdad que Josefina no canta, sino que sólo chilla, y por lo

menos según me parece, apena[s] va más allá de nuestro común chillar —y quizá no alcance su fuerza a la de cualquier trabajador terrero que silba todo el día además de su trabajo— si todo eso fuera cierto se refutaría así lo que Josefina presenta como su gran arte; pero justamente entonces habría que resolver el enigma de su gran efecto.

Pues no es solo el chillar lo que ella produce. Si uno se pone a distancia cuando Josefina canta entre confusión de otras voces, y uno trata de reconocer la de ella, no se deja oír otra cosa que un chillar común, que se distingue un poco quizá por su delicadeza o debilidad. Pero sí uno está ante ella no es sólo eso: es necesario para sentir su arte el verla, a más de oírla, y aunque sólo fuera eso nuestro cotidiano chillar, aquí estaría lo extraño, que uno se prepare solemnemente para no hacer sino lo más usual. Cascar una nuez no es por cierto un arte difícil, y por eso nadie osaría convocar un público y para divertirlo ponerse a cascar nueces. Empero, si lo hace y su intención tiene éxito, debe tratarse de algo más y por encima de ese arte, dado que todos lo poseemos, y hasta podría ser útil para el efecto del nuevo cascador mostrar que es menos hábil en cascar que la mayoría de nosotros.

Quizá se trate de algo análogo con el canto de Josefina; admiramos en ella lo que no admiramos nada en nosotros mismos; por lo demás en el fondo está ella de acuerdo por completo con nosotros. Estaba una vez yo presente cuando alguien, como a menudo sucede naturalmente, se refirió con timidez al común chillido popular, lo que bastó para irritar a Josefina: todavía no había visto yo una sonrisa tan desdeñosa y arrogante como la que asumió ella entonces, ella que en su exterior es la perfecta delicadeza personificada, notable por eso hasta entre nuestro mismo pueblo, tan rico en tales tipos femeninos; esa sonrisa [3] hasta pareció vulgar entonces, ella misma lo sintió así de inmediato con su gran sensibilidad, y se dominó. De cualquier modo negaba toda relación entre su arte y el chillar común. Para los de opinión contraria no tiene ella sino desprecio y probablemente odio inconfesado. Esto no es vanidad ordinaria, pues esta oposición a ella, con la cual estoy a medias, no la admira por cierto menos que la multitud, pero Josefina no quiere que sólo la admiren, sino que ello sea del modo que ella dispone: la admiración no le importa en sí misma. Y cuando uno está sentado ante ella la comprende, la oposición se le hace sólo de lejos, ante ella se sabe que lo que ella chilla aquí no es chillido.

Puesto que chillar es uno de nuestros hábitos inconscientes, podría pensarse que también se chilla entre el auditorio de Josefina; nos sentimos satisfechos por su arte, y cuando nos sentimos contentos chillamos en general; pero su auditorio no chilla, está todo mudo; nos callamos como si participáramos de la ansiada paz, de la que por lo menos nuestro propio chillar nos aparta. ¿Es su canto lo que nos extasía, o es quizá más el solemne silencio que rodea la débil vocecita? Una vez sucedió que una cualquier lauchita niña se puso también a chillar en su inocencia mientras Josefina cantaba. Ahora bien, era justo lo mismo que también nos hacía oír Josefina: allí delante sus chillidos todavía tímidos, pese a toda la rutina, y aquí entre el público los infantiles chillidos olvidados de sí mismos; habría sido imposible definir una diferencia, y empero de inmediato siseamos y silbamos para silenciar a la interruptora, aunque no era necesario pues ella misma al darse cuenta se hubiera arrastrado fuera, de miedo y vergüenza, mientras Josefina entonaba su chillar triunfal y se ponía del todo fuera de sí con sus brazos extendidos y su cuello estirado hasta el límite más alto.

Por lo demás así es ella siempre, cada pequeñez, cada contingencia, cada contrariedad, un crujido del piso, un rechinar de dientes, un defecto de iluminación, le parecen apropiados como realce de su canto; según ella todos los oídos son sordos, y aunque aprobación y entusiasmo no le faltan, hace ya mucho que renunció a ser realmente comprendida, como ella dice. Por eso le convienen las interrupciones y molestias: todo lo que desde fuera se opone a la pureza de su canto, y que en lucha fácil, hasta sin lucha, sólo con enfrentarlo se vence, [4] todo puede contribuir a despertar a la multitud, y enseñarle, si no comprensión por cierto, respeto religioso.

Y si las cosas chicas le sirven así, cuánto más las grandes! Nuestra vida es muy inquieta, cada día trae sorpresas, temores, esperanzas y sustos, tanto que sería imposible soportar si uno no tuviera el apoyo de los camaradas; pero aun así esto se hace bien difícil, a veces tambalean hasta miles de espaldas bajo una carga que en realidad estaba destinada a uno solo. Entonces cree Josefina que llegó su hora. Pronto está en situación el débil ser, vibrando, sobre todo bajo el pecho, en modo alarmante, como si reuniera toda su poca fuerza en el canto, como [si] se desnudara, se entregara entera a la protección de espíritus buenos, como si mientras que en completo arrobamiento habita en el canto, tan poca vida le quedara fuera de la música, que un leve hálito frío pudiera matarla. Y es justamente viendo esto que los que nos hallamos presentes solemos decirnos: «Ni siquiera puede chillar bien; es espantoso cómo se violenta, no para cantar —no hablemos ya de cantar— sino para poder alcanzar más o menos lo que es el chillar usual». Así nos parece, y sin embargo esta impresión inevitable es fugaz, y muy pronto nos sumergimos en la sensación de la multitud, que conteniendo el aliento escucha tímida, en cálido cuerpo a cuerpo.

Y para reunir en rededor de ella esta multitud de nuestro pueblo, tan errabundo y por fines no muy claros en general, Josefina no tiene otra cosa que hacer las más veces, que tomar esa pose, con la cabecita hacia atrás, los ojos mirando a lo alto y boca entreabierta, que anuncia su intención de cantar. Puede hacer esto donde se le ocurra, aunque sea un rincón escondido elegido a capricho momentáneo, todo sirve lo mismo, la noticia de que ella cantará se difunde enseguida y empiezan a llegar las procesiones de sus devotos. Pero hay veces en que hay impedimentos, dado que Josefina canta de preferencia en tiempos de excitación, en que los cuidados y necesidades nos dispersan por múltiples caminos, en que con la mejor voluntad no nos podemos juntar tan pronto como Josefina desea, y entonces queda ella en su gran actitud quizás un cierto tiempo sin suficiente número de oyentes —y ahí se pone de veras rabiosa, pa[5]tea el suelo, blasfema de modo poco virginal, hasta muerde. Pero ni siquiera tal conducta daña su fama; en vez de refrenar algo sus exageradas pretensiones, todos se esfuerzan en corresponderles: se envían mensajeros a traer oyentes, ocultándole a ella que eso sucede; se ven entonces por todos los caminos a la redonda centinelas que apuran con gestos a los que van llegando, todo esto se sigue hasta que al fin se reúne un pasable número. ¿Qué es lo que impulsa al pueblo a darse tanto trabajo por Josefina? Es una cuestión no más fácil de resolver que la del canto de Josefina. Podría replicarse que el pueblo es adicto incondicional de Josefina a causa de su canto. Pero justamente no es este el caso; nuestro pueblo apenas sabe qué es una sumisión incondicional, este pueblo que ama sobre todo la astucia, por cierto inocua, la charla infantil e inocente que apenas mueve los labios, un tal pueblo no puede entregarse sin condiciones, y esto hasta Josefina misma lo siente, y es lo que combate con toda la tensión de su débil garganta.

Ahora bien, claro es que no hay que ir demasiado lejos con tales reflexiones, el pueblo está sometido a Josefina, pero no sin condiciones. Por ej. no sería capaz de reír de ella. Se puede bien confesar que hay mucho de ridículo en ella; en nosotros está siempre pronta la risa, pese a todas las miserias de nuestra vida una leve risa nos es habitual en cierto modo; pero de Josefina no reímos. Muchas veces tengo la impresión de que el pueblo concibe su relación con Josefina como si este ser frágil, necesitado de indulgencia, notable de algún modo, según ella misma por el canto, estuviera confiado a él y sus cuidados le fueran debidos: el motivo de esto no está claro para nadie, solo el hecho está establecido. No hay que reírse de lo que nos está confiado, eso sería faltar al deber; lo extremo de malignidad que los más malignos entre nosotros pueden tener con Josefina es cuando muchas veces dicen: «La risa se nos acaba cuando vemos a Josefina».

Así cuida el pueblo de Josefina como un padre atiende al hijito que le tiende la mano —no se sabe bien si pidiendo o exigiendo. Se podría pensar que nuestro pueblo no sería capaz de cumplir tales paternas deberes; pero en efecto los llena, a lo menos en este caso, ejemplarmente; ningún individuo [6] sería capaz de lo que hace el pueblo en conjunto, a este respecto. Por cierto, la diferencia de fuerzas entre todo el pueblo y un individuo es tan inmensa, que basta con que aquél atraiga su protegido hacia el calor de su proximidad para que este esté protegido lo suficiente. Es claro que nadie osa hablar de estas cosas con Josefina, «La protección de Vs. me tiene sin cuidado», dice ella entonces. «Tienes razón, deberíamos más bien cuidarnos de ti nosotros», pensamos en nuestros adentros. Y además no es contradicción si ella se nos rebela, es sólo modo y gratitud infantiles, y modo del padre es no tenerlo en cuenta.

Hay otra cosa más difícil de explicar en esta relación entre el pueblo y Josefina. Ella es de la opinión contraria, es decir, cree ser ella la que protege al pueblo. Parecería que su canto nos salva de malas situaciones políticas o económicas. nada menos, y cuando no ahuyenta la desgracia nos da siquiera la fuerza de soportarla. No lo dice así exactamente, pues por lo demás dice muy poco, es silenciosa entre lo charlatanes que somos; pero eso brilla en sus ojos, se puede leer en su boca cerrada —entre nosotros muy pocos pueden tener la boca cerrada, ella puede. A cada mala noticia —y muchos días se ganan de mano las malas noticias una tras otra, entre ellas también las falsas y las semiverdaderas— se alza ella de inmediato, mientras por lo común se arrastra casi por el suelo, cansadamente, se yergue, estira el cuello y trata de dominar con la mirada su rebaño, como un pastor ante la tormenta. Cierto que hay niños también con análogas pretensiones, en su modo salvaje e indómito, pero en Josefina no dejan de tener más fundamento que en ellos. Por supuesto que no nos salva ni nos da ninguna fuerza, y es fácil darse por salvador a posteriori de este pueblo, tan acostumbrado a la desgracia, nada indulgente consigo mismo, rápido en decisiones, buen conocedor de la muerte, temeroso sólo en apariencia dentro de la atmósfera de temeridad en que siempre vive, y sobre esto tan fecundo además como arriesgado —es fácil, digo hacerse salvador a posteriori en este pueblo que siempre supo salvarse a sí mismo de uno u otro modo, aunque sea con sacrificios ante los cuales se estremece de espanto el investigador histórico —en general descuidamos por completo la investigación histórica. Y sin embargo es verdad que en situaciones angustiosas escuchamos mejor que otras veces la voz de Josefina. [7] Las amenazas suspendidas sobre nosotros nos hacen más quietos, más modestos, más dóciles al mandato de Josefina; con gusto nos reunimos, con

gusto nos apretujamos, sobre todo porque la causa de ello está muy aparte de la tortura dominante; es cómo si bebiéramos rápido —sí, hay que apurarse, esto lo olvida Josefina demasiadas veces— en común, todavía una copa de la paz antes del combate. No es tanto un concierto de canto, sino mucho más un mitin popular, y por cierto un mitin en que todos están bien mudos, menos los chilliditos delante; la hora es demasiado seria para perderla en charlas.

Tal circunstancia no podría, naturalmente satisfacer a Josefina. A pesar de toda su inquietud y nerviosidad, causada por su situación nunca bien aclarada, ella no ve muchas cosas, cegada por su engrimiento, y también se le pueden hacer preterir sin gran esfuerzo muchas más, pues en este sentido siempre está activo un enjambre de aduladores, es decir propiamente en el sentido de la utilidad general —pero cantar inadvertida, o en segundo orden, en un rincón de una reunión popular, aunque esto en sí ya no sería poco, para eso no sacrificaría ella su canto, ciertamente.

Pero tampoco está obligada a ello, dado que su arte no queda nunca inadvertido. Aunque en el fondo estamos ocupados en toda otra cosa, y el silencio no reina solo a causa del canto, y muchos ni siquiera la miran, hundiendo el hocico en el peludo pellejo del vecino, y en apariencia Josefina allá arriba parece esforzarse en vano, algo de su chillar penetra sin duda también hasta ellos —esto no [se] puede negar. Este chillar que se alza sobre el obligado silencio de todos los demás, llega casi como un mensaje del pueblo al individuo; el tenue chillar de Josefina en medio de las graves decisiones es casi como la miserable existencia de nuestro pueblo en medio del tumulto del mundo enemigo. Josefina se afirma y se abre un camino hasta nosotros, esa nada de voz, y esa nada de mester se afirman, pensarlo hace bien. Un verdadero artista del canto, si pudiera darse alguna vez entre nosotros, en tales momentos no lo soportaríamos, por cierto, y unánimes rechazaríamos lo insensato de un tal concierto. Deseemos que Josefina esté protegida de reconocer que el hecho de oírla nosotros es una prueba en contra de su canto. Una vislumbre de esto debe tener ella sin duda, [8] y si no, por qué negaría ella con tanto ardor que la escuchamos?, empero vuelve siempre a cantar, a diluirse chillando, allende esta vislumbre.

Pero siempre habría un consuelo para ella: la escuchamos realmente, hasta cierto punto quizás del mismo modo con que se escucha a un artista del canto, y ella consigue efectos que un gran artista trataría en vano de alcanzar, y que están permitidos justo a sus insuficientes medios. Esto depende sobre todo de nuestro modo de vivir.

En nuestro pueblo ni se conoce la juventud, y apenas una ínfima niñez. Cierto que se presentan algunas exigencias, que hay que garantizar especial libertad y especial indulgencia para con los niños, que hay que reconocer su derecho a un poco de negligencia, un poco de travesura y un poco de juego, y ayudarles algo en ello; tales exigencias existen, casi todos las reconocen, y no habría nada más plausible; pero tampoco nada que pudiera admitirse menos en la realidad de nuestra vida, y aunque sean hechos esfuerzos en el sentido de tales exigencias, pronto se retorna a lo de antes. Nuestra vida es tal, que un niño, en cuanto puede corretear un poco y distinguir algo su circunmundo, debe ya ocuparse de sí mismo como un adulto; los distritos en que vivimos dispersos por consideraciones económicas son demasiado grandes, nuestros enemigos son tantos, los peligros que nos están doquier preparados son tan incalculables —no podemos tener alejados a los niños de la lucha por la vida, y si lo hiciéramos sería ello su prematuro fin. A estas tristes causas se añade otra muy relevante: la fecundidad de nuestra raza. Una generación —y todas ellas son numerosas— empuja a la otra, los niños no tienen tiempo de ser niños. En otros pueblos los niños son criados con todo esmero, y aunque se les erijan escuelas y de ellas salgan torrentes de niños, día por día, futuro de esos pueblos, siempre son por mucho tiempo y día por día los mismos niños los que se forman allí. Nosotros no tenemos escuelas, pero de nuestro pueblo mismo manan en cortísimos intervalos las incontables bandadas de los niños nuestros, siseando o pipiando, hasta que puedan chillar, revolcándose o rodando por la presión del montón hasta que puedan andar solos, arrollando torpemente todo con su masa hasta que puedan ver, nuestros niños! Y no como en aquellas otras escuelas, casi los mismos [9] niños, no, siempre, siempre son nuevos, sin fin, sin interrupción, apenas aparece un niño no es más un niño, y ya empujan tras él los nuevos hociquitos infantiles indistinguibles en su multitud y su premura, róseos de dicha. Por cierto, que por bello que esto pueda ser y por mucho que por ello otros nos puedan envidiar con razón, no nos es permitido dar a nuestros niños una niñez efectiva. Y eso tiene sus consecuencias. Una cierta infantilidad inmarcitable e inerradicable penetra nuestro pueblo; en directo contraste con lo mejor nuestro, que es el entendimiento práctico infalible, obramos muchas veces del modo más tonto, y justamente del mismo tonto modo que los niños, insensatos, derrochadores generosos e irreflexivos, y esto a menudo por gusto de alguna bromita. Y si naturalmente nuestro contento por ello no puede ya más tener

toda la fuerza del contento infantil, algo de ello nos queda sin duda. De esta infantilidad de nuestro pueblo se aprovecha Josefina desde hace tiempo.

Pero nuestro pueblo no es solo infantil, es de cierto modo también prematuramente viejo; niñez y vejez se muestran muy diferentes de lo que son en otros. No tenemos juventud, somos adultos enseguida, y adultos lo somos por tanto tiempo que un cierto cansancio y desesperanza estampa con amplia huella la esencia, en lo total tan tenaz y optimista, de nuestro pueblo. De ello depende también por cierto nuestra carencia de musicalidad; somos demasiado viejos para música, su excitación, su vuelo no convienen a nuestra pesadez, cansados la apartamos con el gesto; nos hemos retirado al simple chillar, unos pocos chillidos de tiempo en tiempo es lo que nos conviene. Quién sabe si no hay talentos musicales entre nosotros; pero si los hubiera, el carácter de los hermanos de raza los suprimiría antes de su floración. En cambio Josefina puede a capricho chillar o cantar o como ella quiera llamarlo, eso no nos molesta, nos corresponde, podemos soportarlo bien; si algo de música está contenido en ello está reducido a la mínima expresión; una cierta tradición musical se conserva así, pero sin que nos pese nada.

Pero Josefina trae a este pueblo acordado así todavía más. En sus conciertos, sobre todo en graves momentos, sólo los muy jóvenes se interesan por la cantora como tal, sólo ellos la consideran con asombro, cuando encrespa sus la[10]bios, y expulsa el aire entre los menudos incisivos, admirando los tonos que ella misma produce, languidece y utiliza este caimiento para, en contraste, exaltarse en nuevas habilidades, cada vez menos comprensibles para ella también, pero la multitud de verdad se recoge en sí misma —esto se ve claro—. Aquí en las escasas pausas entre las luchas sueña el pueblo, es como si a cada uno se le laxaran los miembros, como si el sin descanso pudiera por una vez a su arbitrio echarse y relajarse en la cálida cama del pueblo. Y entre este soñar suena de vez en cuando el chillar de Josefina; ella lo llama chispeante, y nosotros fastidioso; pero de todos modos está aquí en su lugar, como en ninguna otra parte, como casi nunca la música encuentra otras miradas que la esperan. Algo de la pobre y breve niñez hay en ello, algo de la pérdida dicha que nunca más será hallada, pero también algo de la activa vida actual, de su vivacidad, pequeña, incomprensible y sin embargo tan pertinaz. Y todo esto no se expresa en verdad con gran voz, sino levemente, bisbiseando en confianza, muchas veces con ronquera. Naturalmente que chillando, por débil que eso sea. ¿Y cómo no? Puesto que tal es la lengua de nuestro pueblo, sólo que muchos chillan toda su vida y no se dan cuenta de ello, y aquí, al contrario, el chillar está liberado de las ataduras de la vida cotidiana y nos libera también, aunque sea por un rato. En verdad no querríamos dejar de oír estos conciertos.

Pero de ahí hasta la afirmación de Josefina, de que nos da nuevas fuerzas, etc., falta todavía mucho. Para el común de las gentes, no para «hinchas» aduladores de Josefina. «Cómo podría ser de otro modo —dicen sin empacho en su arrogancia— cómo podría explicarse la gran concurrencia, sobre todo en momento de inmediato y grave peligro, lo que ha llegado hasta [a] impedir muchas veces la oportuna defensa contra ese mismo peligro». Por desgracia esto último es verdad, lo que sin embargo no lo hace título de gloria para Josefina, sobre todo cuando hay que añadir el hecho repetido en esos casos, en que el enemigo desparramó tales reuniones quitando la vida a muchos de los nuestros, de que Josefina, la culpable de todo, que quizá también habría atraído al enemigo con su chillar, siempre estaba en posesión del lugarcito más seguro, y desaparecería por primera, muy quedo y a escape bajo la protección de sus partidarios. Ya todos sabemos esto también, y sin [11] embargo nos apresuramos de nuevo a rodearla cuando a su arbitrio, Josefina se levanta para cantar la siguiente vez, en cualquier momento y en cualquier parte. De esto se podría deducir que Josefina está casi por encima de la ley, que se le permite hacer lo que quiera, hasta cuando ello daña a la comunidad, y que todo se le perdona. Si así fuera se explicarían por completo las pretensiones de Josefina, y hasta en cierto modo se podría ver en esta libertad que le daría su pueblo, en este regalo extraordinario y por cierto contrario a las leyes, nunca otorgado a otro, el reconocimiento de que el pueblo, como ella lo afirma, no la entiende, se asombra y pasma ante su arte, y sintiéndose indigno de ella, trata de compensar con un favor que llega a ser desesperado las penas que causa su incomprensión a Josefina, y, así como el arte de ella está fuera del alcance general, ese pueblo coloca también a la persona y deseos de ella fuera del poder de sus órdenes. Ahora bien, esto no es así de ningún modo, por cierto, quizás el pueblo capitule demasiado pronto ante Josefina en lo chico, pero tampoco es incondicionalmente, esto no lo hace ante nadie.

Ya desde hace mucho tiempo, quizá ya desde el principio de su carrera artística, lucha Josefina por estar libre de toda obligación de trabajo, en consideración a su canto; se la debería eximir por lo tanto de todo cuidado respecto al pan de cada día y a todo lo demás que se vincula con nuestra lucha por la vida y —probablemente— pasarlo al pueblo en conjunto. Un entusiasta fácil —hubo también tales— podría deducir solo por lo peculiar de esa pretensión, por la mentalidad capaz de concebirla, su justificación interna. Pero nuestro

pueblo deduce otras cosas y rechaza en calma la pretensión. Tampoco se esfuerza mucho en refutar los fundamentos de la demanda. Josefina, por ejemplo, hace notar que el esfuerzo del trabajo daña su voz, que ese esfuerzo mismo es en verdad pequeño, comparado con el que le cuesta el canto, que el trabajo la priva de la posibilidad de descansar después del canto y de fortalecerse para nuevo canto, que así se agota por competo y a pesar de ello no puede por tal circunstancia alcanzar nunca su más alta capacidad. El pueblo la escucha y pasa a otra cuestión. Este pueblo tan [12] fácil de conmover, muchas veces no se deja conmover por nada. El rechazo es a veces tan duro que la misma Josefina se sorprende y suspende, parece conformarse, trabaja como es debido, canta lo mejor que puede; pero ello dura poco, y luego reasume la lucha con nuevos bríos —para esto parece tenerlos ilimitados—.

Ya se ve claro, pues, que Josefina no desea en el fondo lo que pretende literalmente. Ella es razonable, no le teme al trabajo, temor bien desconocido entre nosotros, y además, si se le otorgara lo que exige no viviría sin duda de otro modo que como siempre, el trabajo no la impediría en nada cantar, y el canto por cierto no sería más bello —lo que desea no es sino el reconocimiento público, unánime, imperecedero, muy por encima de todo lo conocido hasta entonces, de su arte—. Mientras que casi todo lo demás parece accesible, esto, empero, le fracasa tenazmente. Quizás hubiera debido ella atacar la cuestión desde el principio por otro lado, quizás ve ahora ella misma el error; pero ya no puede echarse atrás, lo que se le ocurriría ser una deslealtad hacia sí misma y no hay sino seguir con esta demanda, vencer o morir en ella.

Si tuviera en efecto enemigos, como dice, podrían divertirse con esta lucha sin tener que mover ni un dedo. Pero no tiene enemigos, y aun cuando a veces muchos la critiquen, esta lucha no divierte a nadie. Hasta por el hecho de mostrarse aquí el pueblo en su fría actitud de juez, como muy pocas veces se ve entre nosotros. Y si alguno pudiera aprobar tal actitud en este caso, pensar que el pueblo podría tenerla también para con él, excluiría toda alegría posible. No se trata tampoco en el rechazo, como en la pretensión, del asunto en sí mismo, sino de que el pueblo pudiera cerrarse hasta ese punto contra uno de los suyos tan tenazmente, y por otro lado, con la misma tenacidad, cuidar, tanto o más que un padre del mismo ser, humildemente.

Si en lugar del pueblo estuviera aquí un individuo, se podría creer que este hubiera ido cediendo todo el tiempo ante los ardientes pedidos de Josefina, hasta cansarse al fin y poner coto a las concesiones; que hubiera cedido en modo sobrehumano por creencia firme de que pese a todo las concesiones llegarían a su límite natural; más todavía, como si hubiera cedido en más de [13] lo necesario, solo por apresurar el desenlace, para echar a perder a Josefina y estimularla hacia nuevos deseos, hasta que ella pusiera realmente una última exigencia imposible; que al fin él haya decidido el rechazo final, por haberlo preparado desde mucho antes. Ahora bien, lo cierto es que tal no sucedió, el pueblo no necesita de tales astucias, además su veneración por Josefina es sincera y ya probada, y la pretensión de Josefina es por cierto tan fuerte que cualquier cándido niño le habría podido predecir el resultado; sin embargo puede ser que, dada la idea que Josefina se ha hecho del asunto, tales suposiciones estén también en juego y añadan amargura al dolor por el rechazo.

Pero aunque ella suponga también esas cosas, no se deja espantar, y en los últimos tiempos aguzó más aun la lucha; si antes la hacía solo de palabra, ahora empieza a usar otros medios, según ella más eficaces, pero según nosotros más peligrosos para ella misma.

Muchos creen que Josefina se pone tan apremiante porque se está sintiendo ya vieja, la voz muestra fallas, y le parecería ya ser urgente dar la última batalla para ser reconocida definitivamente. No lo creo. Josefina no sería ella si esto fuera verdad. Para ella no hay ni vejez ni debilitamiento de la voz. Cuando ella pretende algo no es por motivos superficiales, sino por su lógica íntima y propia. Extiende la mano hacia la corona más alta, no porque esté colgada algo más bajo, por el momento, sino porque es la más alta; si dependiera de ella el hacerlo, la colgaría más alto aun.

Este desprecio por las dificultades externas no le impide, por cierto, emplear los medios más indignos. Su derecho le está fuera de toda duda; qué importa el modo de alcanzarlo, sobre todo que en este mundo, según ella se lo representa, justamente los medios dignos fracasarían. Quizás por eso mismo ha desplazado la lucha hacia otra cancha algo menos cara para ella que la del canto. Su séquito ha hecho circular dichos de ella, según los cuales se siente capaz de cantar de tal modo que oírla fuera un placer real para el pueblo en todas sus capas hasta la más secreta oposición, no placer real en el sentido del pueblo, el que afirma haber tenido siempre ese placer, sino tal [14] cual ella quiere. Pero, añade Josefina, como no hay que falsificar lo más alto y no puede adular al vulgo, las cosas han de quedar como están. Pero otra cosa es respecto a la liberación del trabajo, que aunque también sea una lucha para el canto, puesto que no usa en ella esa arma preciosa de su canto, cualquier medio es bueno.

Así, por ejemplo, se difundió el rumor de que Josefina tiene intención, si no la complacen, de abreviar los trinos. Yo no entiendo nada de trinos, y no he notado trinos nunca en su canto. Pero Josefina quiere abreviar los trinos, no suprimirlos, sino solo abreviarlos. Ha hecho conocer su amenaza, pero por cierto no he notado ninguna diferencia entre sus recitales de ahora y los de antes. El pueblo en conjunto escucha como siempre, sin manifestarse en cuanto a los trinos, y no ha cambiado su conducta hacia las pretensiones de Josefina. Por lo demás, Josefina tiene, como en su figura, muchas veces también en su modo de pensar algo gracioso de veras. Así, por ejemplo, como si su decisión respecto a los trinos fuera demasiado dura o repentina para con el pueblo, después había declarado que en lo sucesivo volvería a cantar sus trinos completos como antes. Pero pasado el próximo concierto, lo pensó otra vez, y quedamos en que los grandes trinos se habían acabado ya, y no volverían sino por una decisión favorable a ella. Con todo esto, explicaciones, declaraciones, resoluciones, el pueblo sigue en el fondo siendo benévolo pero inaccesible, como un adulto preocupado casi no oye la charla de un niño.

Pero Josefina no cede. Por ejemplo, hace poco afirmó que en el trabajo se produjo una lesión en un pie, que le hacía muy incómodo tenerse de pie durante el canto; puesto que solo puede cantar de pie, ahora hasta debe acortar sus cantos. Aunque cojea y se deja sostener por su séquito, nadie cree en una lesión real. Y aun teniendo en cuenta la especial sensibilidad de su cuerpecito, somos pues un pueblo de trabajo y Josefina pertenece a él; si por cada raspadura en la piel quisiéramos cojear, todo el pueblo no acabaría de andar cojo. Pero que la lleven como inválida, que ella se muestre en ese estado lamentable con más frecuencia que cuando sana, no importa, el pueblo oye agradecido y extasiado su canto como antes, y no hace mucho caso de los acortamientos.

[15] Como no puede cojear perpetuamente, inventa otras cosas, pretexto cansancio, debilidad, mal humor. Así tenemos además del concierto, comedia. Vemos al séquito de Josefina tras ella, cómo le suplica y conjura para que cante. Ella querría, pero no puede. La consuelan, la halagan, la llevan casi en andas hasta el lugar antes ya elegido, donde debería cantar. Al fin consiente ella, con lágrimas inexplicables; pero cuando con evidente última voluntad va a empezar, con los brazos no ya abiertos como otras veces, sino colgantes sin vida junto al cuerpo, lo que da la impresión de que son un poco cortos —en cuanto quiere entonar, de pronto no da más, una sacudida involuntaria de su cabeza lo demuestra, y se desploma sin fuerzas ante nuestra vista. Por cierto que enseguida se domina con energía y canta, creo que más o menos como siempre; quizás, para quien note los más finos matices, se distingue un poco de excitación insólita, que no hace sino recalcar favorablemente la cosa. Y al final hasta está ella menos cansada que antes, anda segura, si se puede decir eso de su huidizo pataleo, se aleja rechazando toda ayuda de sus cortesanos y desafiando con mirada fría a la multitud respetuosa que le abre paso.

Así sucedió hace poco, pero lo más reciente es que una vez en que se esperaba su canto, ella había desaparecido. No solo su séquito la busca entonces, muchos se enrolan en la busca, en vano; Josefina se ha evaporado, no quiere cantar, no quiere ni que se lo pidan, ahora nos ha abandonado por completo.

Es extraño lo mal que calcula esa astuta, tan mal que uno creería que no calcula nada, sino que está llevada por la corriente de su destino, el que en nuestro mundo sólo puede ser triste. Ella misma se aparta del canto, ella misma destruye el poder que había ganado sobre los ánimos. Y cómo pudo ella conseguir ese poder, dado cuán poco conoce esos ánimos. Se oculta y no canta; pero el pueblo, tranquilo, sin desilusión visible, señoril, una masa descansando en sí misma, que formalmente, aunque la apariencia sea contraria, sólo puede dar regalos, nunca recibirlos, ni aun de Josefina, este pueblo sigue su camino. Pero Josefina debe ir en decadencia. Pronto vendrá el momento [16] en que sonará su último silbido y ella quede muda para siempre. Ella es un pequeño episodio en la historia eterna de nuestro pueblo, y este pueblo superará la pérdida. No nos será fácil; ¿cómo serán posibles las asambleas en completo silencio? ¿Por cierto, no estaban silenciosas también con Josefina? ¿Era su chillar efectivo notablemente más fuerte y vivaz de lo que será en el recuerdo? ¿No era pues en vida de ella más que un mero recuerdo? ¿No es más bien que el pueblo ha colocado tan alto el canto de Josefina por lo mismo de que así era imperdible?

Quizás nosotros no perderemos mucho con eso; pero Josefina, redimida de los afanes terrestres, que según ella, sin embargo están preparados a los elegidos, se perderá jubilosa entre la innumerable multitud de los héroes de nuestro pueblo, y pronto, dado que no nos ocupamos nada de la historia, entrará en la exaltada liberación del olvido, como todos sus hermanos.